

Alison Wong

Cuando la tierra se vuelve de plata

Traducción del inglés y notas de
Dora Sales

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

A mi padre, Henry Wong, que no vivió para ver cómo esto llegaba a buen término; a mi madre, Doris Wong, y las generaciones que vinieron antes; y a mi hijo, Jackson Forbes, y las generaciones que vendrán después.

Prólogo

Wong Chung-shun, 1896

Es un lugar solitario donde predicán los espíritus de Jesús. Predican sobre el amor, sobre un dios que murió por amor, aunque por la calle la gente tiene aspecto desdenoso y grita y escupe, y después los domingos canta en la casa de Jesús.

Su dios es un espíritu blanco. Se ve en los cuadros. Tiene la piel clara y una nariz grande, y un resplandor de luz de luna alrededor del pelo castaño y largo. Tiene muchos nombres, igual que nosotros, los *Tong-yan*, tenemos muchos nombres. Tenemos un nombre de leche, un nombre adulto, quizás un nombre cuando estudiamos o un nombre que elegimos. Los espíritus de Jesús llaman a su dios Espíritu Santo. Incluso ellos saben que es un espíritu. La gente se parece a sus dioses, del mismo modo en que se parece a sus animales. Incluso le llaman Padre. Nosotros no necesitamos nombrarlos, a estos *gweilo*. Incluso ellos saben que son espíritus.

Yung dice: No necesitamos reconocer sus palabras; no necesitamos interpretar la sílaba acentuada. Está ahí, en un parpadeo de ojos, la ligera mueca en los labios, los músculos del rostro, la forma en que se disponen

contra nosotros. Dice: El cuerpo tiene su propio lenguaje, tan fluido como la poesía, tan grosero como la polémica.

Yung se las arregla bien con las palabras. Dice que el lenguaje del cuerpo puede usarse como un arma.

Ahora que Yung está aquí, no necesito pagar a nadie del clan¹. Uno de los dos puede ir al mercado mientras el otro se encarga de la tienda; uno puede ordenar los plátanos mientras el otro coloca bien las verduras. Ahora que está aquí, puedo ahorrar para traerme una esposa. Puedo ahorrar para el pasaje y el impuesto comunitario. Me llevará bastantes años.

Cuando Yung llegó, al principio no nos reconocimos el uno al otro. Llevábamos más de diez años sin vernos. Ahora tiene dieciocho, y los libros le han afectado al cerebro. Tiene sueños grandes, imposibles. No entiende la vida, y no entiende esta tierra. Está repleto de sentimientos, demasiados, como los animales salvajes atrapados y enjaulados en un zoo. Le gusta hablar, y sus palabras son rápidas, más rápidas que su entendimiento. Es muy joven... quince años más joven que yo. Mi hermano es como un hijo, un hijo único, insensato.

Parte I

Wellington, 1905-1909

Un chelín

Acababan de entrar en Tory Street, por delante de la comisaría de Mount Cook, Chung-shun y su hermano pequeño, Chung-yung, de camino a Haining Street a por *wontons* y fideos caldosos. Un domingo a última hora de la mañana, mientras el sol brillaba con el calor de la fruta al madurarse, y el viento, por una vez, no era demasiado enérgico. Yung silbaba alguna cancioncilla tradicional, ajeno a las normas *gweilo* que no aprobaban silbar, cantar algo que no fuesen himnos y tocar el piano los domingos. Shun tan sólo fruncía el ceño. Le dolía la pierna, y eso hizo que no apreciase en absoluto el único día de la semana que cerraban la tienda. No se percató de la tranquilidad del día, la ausencia de polvo y arenilla que se levantaba en remolinos desde la calle para atacarles a los ojos y cubrirles la piel, las ropas, el pelo. No se percató del hombre que se les acercaba.

Yung vio llegar al hombre. Incluso a lo lejos había algo extraño en la forma en que caminaba, una rigidez sin prisa. Cuando estuvieron más cerca, Yung vio cómo los ojos del hombre se fijaban en él, vio cómo su rostro se ensanchaba con una sonrisa desdentada. Le observó mientras el hombre caminaba hacia ellos, se quedaba

parado demasiado cerca (olor a meada añeja y ropa sin lavar) y decía a través de unas mejillas hundidas: «Daaame un chelín».

Yung contuvo la respiración y dio un paso atrás, para mirar al hombre desde arriba. Era unos buenos diez centímetros más bajo, y muy delgado, y había algo extraño en sus ojos. Llevaba las manos ocultas en los bolsillos de un abrigo demasiado grande, sucio, y por un momento Yung se planteó si estaría escondiendo un arma.

–¿Para qué? –preguntó.

Yung pudo ver cómo se lo pensaba.

–¿Tieenes aaalgo de dineero? –contestó el hombre muy despacio, con el rostro relajado, los labios ahuecándose hacia dentro, hacia las encías–. Dineerooo.

Yung sonrió.

–Teengo dineerooo –contestó.

Se dio unas palmadas en el bolsillo, haciendo sonar las monedas.

El hombre sacó las manos de los bolsillos, levantó los puños:

–Dámelo o yo...

Yung se rió. *Dineerooo.*

Se dio la vuelta y caminó de regreso hacia la comisaría. Tarareaba. Le gustaba el sólido edificio de ladrillo rojo, el enladrillado blanco y negro formando arcos sobre las ventanas y las puertas, las huellas de las flechas marcadas en los ladrillos. Si no pensaba en los presos que las habían hecho, entonces la encontraba divertida, la forma en que los ladrillos estaban colocados de forma tan azarosa, a veces con la flecha hacia dentro y oculta a la vista, a veces hacia fuera, a veces hacia la izquierda, a veces hacia la derecha. Eran como las

pistas en la escena de un crimen, una escena que había sido contaminada por periodistas, espectadores curiosos, policías incompetentes.

Se adentró en la frescura del edificio, recorrió el suelo de baldosas geométricas, pasó por delante de las escaleras, hasta el cuarto en el que estaba sentado el agente Walters, en las entrañas del edificio. Se conocían muy bien. El agente pasaba a menudo por la tienda en su ronda de todas las noches, y Yung le ofrecía un plátano o una pera madura, consolándose al pensar que la policía estaba cerca.

El agente Walters se levantó de su escritorio, y cuando salieron a la calle vieron al hombre correr en la dirección contraria y desaparecer bajando Frederick Street. El agente le siguió, pero le perdió pronto.

Cuando volvió, con el rostro encendido y resoplando, preguntó por el aspecto del hombre. Yung describió a un tipo de unos cuarenta, no, treinta años (los *gweilo* siempre parecen mayores que los *Tongyan*), de esta altura –indicó con la mano– pelo claro, sin dientes... Shun describió la enorme nariz roja de aquel tipo.

–Shun Goh –dijo Yung, dirigiéndose educadamente a él como hermano mayor–, todos los *gweilo* tienen la nariz grande y roja –se giró hacia el agente–. La nariz ela como la suya –indicó–, y aquí... –se tocó el lado derecho de la mandíbula, tratando de describir una cicatriz, pero sin saber las palabras–. Él sel muy estúpido –añadió.

Después de que se marchase el agente, Shun reprendió a su hermano, agitando las manos por el aire. ¿Por qué decirle al *gweilo* que tenía dinero, *la*? ¿Por qué sacudirse los bolsillos? ¿Estaba loco? ¿Cuando se marchó, el *gweilo* también le acosó a él para pedirle dinero!

Yung quiso reírse pero tenía que mostrar respeto. Intentó explicarle... después de todo el hombre era inofensivo, un bobalicón, nada más... pero Shun no le estaba escuchando. ¿Cómo podía ser Yung tan estúpido? Tan sólo dos meses antes a Ah Chan le pegaron en la calle. ¿No sabía lo peligroso que era?

Yung dejó de escuchar. Ya estaba imaginándose un pareado. Sobre un hombre sin dientes y medio juicio, sobre un desorden de flechas y el hecho de no tener ni idea de qué camino tomar.